

LAS CIUDADES DE PONIENTE

Helena Fidalgo Robleda

¿Qué puede pasar cuando a una pequeña población, "una ciudad de abolengo" bañada por "la luz tamizada del noroeste", llega una pintora francesa que busca entre los habitantes modelos masculinos para pintar desnudos? Esta historia, la primera de las veintiséis que componen el nuevo libro de relatos de Antonio Pereira, termina con un milagro; pero el milagro de la pintora no es tanto la metamorfosis del "chico del barrio del río", cuanto la ingenuidad de los habitantes del pueblo, la magia con la que le entregan algo desconocido para ellos mismos. Y es que los personajes de estos relatos (cotidianos, familiares) revelan, casi inconscientemente, mundos interiores mucho más sugestivos de lo que la apariencia sugiere, y muy en consonancia con el espacio físico en el que se desenvuelven.

Las ciudades y pueblos de Poniente encierran la magia en su realidad más íntima, y es en esa zona menos visible donde el narrador de historias se esfuerza en penetrar. Así hay relatos que están estructurados en torno al juego entre realidad visible y realidad oculta, o al contraste entre apariencia y realidad. Tal ocurre en el primero "de ellos, ya mencionado, y también en "La ciudad visigoda", población adormecida en el orgullo de un pasado histórico más inventado que real, que será aprovechado por un avispado modista italiano; o en "La cantera local" donde un tranquilo pueblo se convierte en fuente inagotable de actores de fotonovelas. En todos estos relatos hay un elemento que viene de fuera y que abre una brecha en la cotidianidad. Este brillo fugaz de lo insólito en lo cotidiano lo consigue Pereira desvelando la multiplicidad de lo real mediante una exquisita síntesis de la palabra. Condensar un tiempo, un espacio y unas vidas en el menor número posible de páginas requiere un esfuerzo continuo de contención en dos direcciones: primero mediante un lenguaje hábil, de multiplicidad de registros y de densa atmósfera semántica, y después mediante un narrador deliberadamente elusivo, que aporta mínimos indicios de la: trama de cada relato, buscando un lector que sea también creador y que descubra en sus silencios las claves de cada historia.

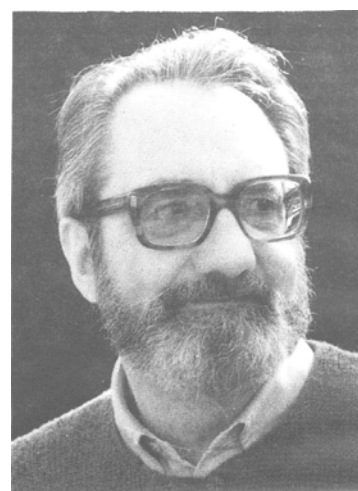
El misterio de los hechos sugeridos, nunca declarados con amplitud, que deja al lector la tarea de completar la información, se acentúa en los relatos que se sitúan en el terreno donde lo prosaico engendra lo fantástico. Como en "La visión", la fantástica visión de Dña. María de Toledo, que convierte el derrumbamiento del

puente de, la autovía sobre el río en un suceso cargado de los misterios de la profecía.

O en "El señor de los viernes" personaje terrorífico en el ambiente nada misterioso de una moderna discoteca.

Entre la fantasía y la realidad, el espacio es un personaje más de cada una de estas historias, "fabulaciones del noroeste", impregnadas de una atmósfera específica. Es un espacio activo, formador y definidor de los personajes (el palacio del obispo en una "ciudad declinante", la casa "grande y sombría" de Santiago Velasco o la pequeña librería refugio de la extraña amistad entre don Alfredo y el librero bretón).

Son espacios que pueden ser sentidos como una realidad y como una fuerza, y cuyo significado proviene siempre del ambiente que transmiten. Al narrador le gusta imaginar espacios cerrados que producen una alteración sobre el personaje; así, el proceso de degradación del fabricante de madreñas, sorprendido por la guerra en un hotel europeo que, tomado por los hombres de uniforme, va reduciendo sus dimensiones, encogiéndose para el único huésped que permanece definitivamente aislado en un confinamiento cada vez más opresivo del que no puede escapar; o el espacio cerrado de la cocina convertida en cárcel en "El hombre de la casa". Lo opresivo en estos relatos es la atmósfera creada por un elemento hostil capaz de transformar el recinto-refugio en una realidad amenazante. Por el contrario, los personajes de "El asturiano de Delfina", incomunicados por la nieve, sentirán ese aislamiento como un cómplice, espacio encantado en el que la intimidad obligada produce sus frutos. Por otra parte, el espacio es tiempo, percibirlo es percibir sus latencias y los fantasmas del pasado que lo habitan; es lo que el narrador de "Los preventivos" siente como "aprensión histórica" cuando el espacio desencadena en su mente las Imágenes del pasado y le permite reproducir el ambiente de toda una época. Y como fondo reiterado de todo ello, el marco peculiar de estas ciudades de Poniente: el horizonte cegado de lluvia y brumas, las largas noches de invierno, los pueblos agazapados entre moles montañosas.



Esta exploración en el valor del espacio forma parte, igual que la atención al lector a la que me referí antes, de algo que está presente en todos estos relatos: la indagación consciente del autor en el proceso mismo de la creación narrativa. Explícitamente, en relatos metaficticios como "El apodo" o "Cuento en la Escuela de

Letras" se nos presenta la reflexión sobre la escritura trasladada a la ficción como tema o motivo del relato. El narrar como tema del narrar; en la primera de estas historias se reproduce el argumento para un cuento recogido entre los papeles de un escritor frustrado. En la segunda, un personaje escritor diserta sobre temas literarios y muestra la génesis de la creación narrativa. Ya en País de los Losadas había utilizados Antonio Pereira este procedimiento de relato metaficticio, reflexión autocrítica sobre el proceso de escribir traspasada de un leve matiz irónico. Pero es que el cómo contar una historia importa tanto como la historia misma, y esa reflexividad de la narración abre el camino a indagaciones que están implícitas en la propia creación literaria. El contar analiza la realidad y a la vez la manipula y le da orden, por eso los "Coleccionistas de historias" siempre encuentran un relato que se acomoda a su experiencia y la explica. Quien escribe se complace en explorar la relación entre ficción y realidad, la fascinación de narrar las puertas ocultas que una historia puede abrir en la imaginación, como en "El revisor parado".

En definitiva, Antonio Pereira (que con este libro obtuvo el premio Torrente Ballester en 1993) transita con total madurez literaria el fértil terreno del relato, profundizando en un modo de narrar que consigue que la historia se condense en la brevedad del espacio, espacio de lenguaje que se dilata en el encuentro con el lector, espejo y cómplice, preso en el gozo estético de participar en el juego de interpretaciones y posibilidades que ofrece el texto.